

—¡Cómo! ¿No me comprendes? Repuso ella, más exaltada aún con todo lo que había dicho. ¿No me comprendes? Este recibo que acaba de entregarme para Jorge, es la única arma que tenía contra nosotros, la sola prueba. Este trozo de papel una vez quemado, que desaparezca, no queda ya nada... nada más, que nos acuse.

—¡Oh! hermana mia, dijo Alicia.

—¿Qué? ¿Qué temes?... ¿Crees que quiero robarle? Se lo pagaremos, te lo repito... pero no estaremos sujetos á él.

—La jóven se aproximó á Luisa, y apoyando una mano en su brazo, le dijo con acento tranquilo:

—No, hermana mia, no tienes derecho para hacer eso.

—¿Hé? ¿Qué dices? Repuso Mme. Leroy, como si despertara sobresaltada de un sueño muy profundo.

—Digo, que tu marido te reconvendría y no lo consentiría.

—¡Ah!... ¿Tú crees?...

Mme. Leroy reflexionó un instante, y después exclamó:

—¡Es verdad, es verdad, estaba loca! Y arrojándose en brazos de Alicia: gracias, añadió, gracias hermana mia, por haberme hecho dominarme, por haberme vuelto la razón.

XXI

Cuando Jorge Leroy regresó á su casa, supo que Mr. Markett, renunciando á buscarle en su oficina, había concedido una próroga de veinticuatro horas. Luisa creyó no debía de hacer mencion del giro que había tomado la conversacion, de las ideas de Alicia, ni de las suposiciones que la actitud y el lenguaje de Markett hacian concebir. Por lo demás, ¿qué cambio podia traer á la posicion en que se hallaban los tres, el descubrimiento que acababan de hacer? ¿Desapareceria el acreedor al presentarse bajo otro aspecto? En su primer arranque de indignacion, madame Leroy pudo pensar en deshacerse del recibo de los cien mil francos, librando así á su marido de toda obligacion con aquel que queria deshonorarle. Pero entonces se sonrojaba de un pensamiento tan indigno, que solo la turbacion de su espíritu y la fiebre de que estaba poseida, podian disculpar. Comprendía, por el contrario, que la situacion de Jorge para con

su acreedor, era más delicada, más terrible; que era preciso devolver á toda costa el depósito confiado, que Markett, viendo fallar sus esperanzas, herido por la indiferencia desdeñosa que le había demostrado, sería intratable y se vengaría duramente.

Por lo demás, Luisa no estaba aun convencida de que Alicia no se equivocaba. La honrada jóven se sublevaba con la sola idea de que podía ser amada por otro que su marido, y de que una persona apreciada y simpática hasta entonces, hubiese concebido pensamientos tan criminales. Evocaba sus recuerdos, trataba de recordar sus entrevistas precedentes con Markett para persuadirse de que continuaba siendo el hombre leal de otro tiempo. Él amaba, esto no se podía dudar; pero Alicia era, sin duda, quien debía haberle seducido por su juventud, su gracia, su belleza, y sin duda también porque había notado ya la simpatía que su hermana sentía por él.

Y entonces, indecisa, se decía á sí misma: ¿por qué no se ha explicado con claridad? ¿A qué todas estas frases ambíguas y estas declaraciones indirectas? ¿Qué falsa vergüenza le impedía pedir francamente la mano de una jóven en edad de casarse, dueña de su persona y de su corazón?... ¿Se había equivocado Alicia sobre los sentimientos de Markett? Deseosa de ser notada por él, propensa, por consecuencia á atribuirse sus cumplimientos, Alicia debía tener sérios motivos para creer que eran dirigidos á

otra persona. Siguiendo su propia confesión, ya no era una niña, había adquirido experiencia, sino de su propia vida, al menos de los demás; era inteligente y delicada, hubiera leído hacia largo tiempo en el corazón de Markett, si en efecto aquel corazón le había pertenecido. Y á pesar de esto, no solamente estaba segura de no ser amada, sino que parecía persuadida de que amaba á otra, á otra en la cual jamás debía haber pensado. Para juzgar tan mal al hombre que le agradaba, para atribuirle proyectos tan mezquinos, debía haber adquirido antes una certeza, de haber reunido pruebas que no se atrevía á hacer conocer.

De razonamiento en razonamiento, y á pesar de todas sus resistencias, Luisa Leroy, había acabado poco á poco por participar de las convicciones de su hermana. ¿No tenía á la vista, en la sociedad á donde la llevaban sus relaciones, empleos demasiado famosos, de amores inspirados por mujeres casadas? ¿No sabía que los jóvenes del día, á falta de otra cosa, se refugiaban en el matrimonio y cazaban el mayor tiempo posible en los dominios de otro? ¿Ella misma, no se veía obligada á confesar que á pesar de su reserva, de su reputación de honesta tan bien establecida, y del legítimo amor que todos sabían abrigaba su corazón, no había estado exenta de miradas demasiado significativas, ni libre de declaraciones embozadas?

Una mujer bonita, (y ella se veía obligada á creer en esta belleza que su marido cantaba en todos los tonos, y que su espejo ó algun eco, repetían también), una mujer bonita, decimos, no se mezcla jamás en el mundo parisiense, ó en las fiestas que él dá sin que un audaz ó un fátuo no trate de demostrarle su admiración interesada. Con una mirada severa, la mujer honrada apaga de pronto las miradas incendiarias; con una sola palabra suspende una declaración preparada con cuidado y corta la palabra al más elocuente. Pero su vigor y su virtud, no hacen que olvide los ataques de los cuales ha sido objeto, que son los que más la han indignado. El tiempo ha calmado su primera irritación, llega á experimentar cierta indulgencia retrospectiva hácia los discursos murmurados á su oído y hácia los atrevidos que los han pronunciado. Primero les llamaba insolentes, y hoy casi se decide á tomarlos simplemente por locos con intervalos de lucidez. Los dispensa, llega á comprenderlos y hasta les agradece los ratos de placer que ahora le procuran, puesto que puede decirse: «A pesar de su elocuencia, he continuado siendo mujer honrada.» Todas estas voces que no han podido seducirla, las oye también á veces en horas de ocio, se unen y forman parte de un coro lejano, recordándole sus triunfos y celebrando su gloria. En el himno de amor compuesto en honor de Luisa, acaso se hallará también confundida con las

demás, la voz de Markett. Pero Mme. Leroy no había fijado en él su atención; no recordaba la época en que, el que decían, estaba enamorado de ella, antes de sentarse en medio de los concertistas, cantaba su gran aria. El todo de Markett no había llegado hasta los oídos de Luisa, y había sido necesario que Alicia la hablase de él, para que hubiera podido llegar á recordar algo. Ahora, después de grandes esfuerzos consiguió acordarse de algunas frases musicales y reconocía, que en efecto podían haber sido dichas con su intención.

La noche del sábado transcurrió toda ella pensando de esta suerte, sin que Mme. Leroy perdiese de vista un solo instante sus otras preocupaciones y sin que olvidase el peligro que la amenazaba. En efecto, ¿aquel del cual se ocupaba, no personificaba este peligro? ¿y no había un verdadero interés en conocer á fondo sus sentimientos, y en asegurarse de sus designios? Luisa se hallaba en completa libertad de interrogarse y de aclararlo: Alicia se había retirado á su habitación y Jorge á su despacho, para poner en orden sus negocios, en víspera, como se encontraba, de un acontecimiento terrible, de una lucha que iba á decidir de su porvenir.

¿De qué les hubiera servido el hallarse reunidos y comunicarse sus pensamientos conforme lo habían hecho los días precedentes? ¿No se lo habían dicho ya todo? ¿No estaban ya muertas todas sus esperanzas?

Únicamente el domingo por la mañana, se reunieron los tres para decirse lo que sería conveniente hacer al siguiente día. Mr. Markett esperaba el lunes, antes de medio día, á Jorge Leroy. Este ¿sería conveniente que fuera á ver a su acreedor, para decirle: «No os traigo la suma con la cual contáis, por lo tanto estoy á vuestra disposición?» Este era uno de los pasos más penosos que Luisa no se atrevía á exigir de su marido. Ella no dejaba de comprender que por efecto de la inocencia de Jorge, esta entrevista podía tener las más fatales consecuencias. Un culpable que se decide á confesar su falta ó su crimen, baja la cabeza, se inclina y toma el partido de escuchar en silencio todas las reconvenções que merece, de sufrir todos los ultrajes. Pero el inocente, á pesar de la serenidad que promete guardar y de la humildad que exige su cualidad de acusado, puede repentinamente rehacerse, revelarse y devolver injuria por injuria. Así, despues de un maduro exámen y de un largo debate, se tomó la decision de que Jorge, en lugar de ir al siguiente día á casa de Markett, le escribiría, segun era su deseo. Pero esta carta debía de ser mucho más explícita que la primera, la que Luisa habia sorprendido. Las dos hermanas exigieron á Jorge que les contase los hechos tal y conforme habian sucedido. No quisieron aceptar su abnegacion y le obligaron, á pesar de su resistencia, á nombrar el verdadero culpable.

No hallaban la razon para que el soportase el peso de la falta y ocupase el lugar que debia ocupar su padre.

Ya comprendian que Markett podia tomar su relacion por una fábula, que se negaria á hacer partícipe á Mr. de Servan en la cuestion, no se ocuparia sino del depositario de su dinero... y entonces todo se podia temer: el americano, en su primer impulso de cólera, podia dirigirse á Mr. X... el agente de cambio, y preguntarle si era responsable de su empleado y si pagaba por él.

Sin embargo, á pesar de los temores que le inspiraba su carta, Jorge Leroy, retirado á su despacho, escribia bajo la inspiracion y casi bajo el dictado de su mujer y de su hermana, cuando un campanillazo resonó en la habitacion.

Los tres se miraron, suspensos, casi asustados. En ciertas situaciones las cosas más sencillas de ordinario, adquieren una gran importancia, y el espíritu intranquilo se cree siempre en peligro.

¿Quién podia visitarlos en domingo, cuando seguros de no ser molestados, ni aun habian tenido la precaucion de negar que estaban?

Era sin duda una visita: algunas palabras se cambiaron en la antecámara, despues se abrió la puerta del salon, y un criado dirigióse hácia el despacho, abrió el portier y advirtió á Mme. Leroy que preguntaban por ella.

—¿Quién?

—Mme. X..., respondió el criado.

—¡Mme. X...! ¡La mujer del agente de cambio, del que Jorge era el principal dependiente! ¿Qué venía á hacer en su casa? Es cierto que cambiaba durante el invierno algunas, aunque raras visitas con Mme. Leroy en la semana, el día de recepcion, pero nunca habia venido á verla tan de improviso. ¿Sabia ya algo? ¿Habria hablado ya Mr. Market? ¿Habria cometido Jorge alguna imprudencia y vendria enviada por Mr. X..., puesta ya sobre aviso, para estudiar las fisonomías y darse cuenta de la situacion?

Mme. Leroy no podia dispensarse de recibirla; dejó á su marido y á su hermana en el despacho y pasó al salon.

XXII

—Querida señora, dijo Mme. X... tan pronto como la vió, tomando asiento en el sofá al lado de Luisa; os pido que me dispenseis que venga á molestaros así, un domingo sin que vos me esperaseis. Pero las dos tenemos el mismo día de recepcion, y como os debo una visita ya hace mucho tiempo, he venido á la ventura.

—Ha hecho V. perfectamente, señora, dijo Luisa, y yo le agradezco este buen pensamiento.

—Tenia muchos deseos, replicó Mme. X..., de haceros saber el triunfo que alcanzásteis en mi última reunion. Sin adulacion; conquistásteis todas las simpatías.

—¿Y qué he hecho para eso?

—No habeis tenido más que presentaros, y todos os han encontrado encantadora.

—Se han mostrado demasiado indulgentes, señora, y vos sobre todo excesivamente amable conmigo.

Luisa guardó silencio, esperando que Mme. X... , abordase otro asunto. Adivinaba que la mujer del agente de cambio, no había venido solamente para decirle estas simplezas. No se engañaba; Mme. X... continuó:

—No basta aun que obtengais triunfos como mujer bonita y de talento, sino que os conceden otros elogios por otros méritos.

—¡Sí! ¿Cuáles? preguntó Luisa palideciendo.

—Aseguran que jugais como un ángel, ó si os parece mejor, como un hombre, con una sangre fría á toda prueba, tanto ganando, como perdiendo... ¡Oh! no trateis de defenderos; se conocen vuestras hazañas, un poco por el *Journal de Nice* que pone solamente vuestras iniciales, y mucho por vuestro amigo Dorliac. Ayer vino á comer con nosotros á su regreso de Monte-Carlo, donde solo ha permanecido veinticuatro horas, y sabemos que ha tenido el gusto de encontraros allí.

—En efecto, repuso Luisa con voz firme, dominando su emocion; fuí á pasar algunos instantes con mi padre, del cual no tenia noticias y á quien creí enfermo.

—Dónde, le habeis visitado sobre todo, es en la casa de juego.

—Eso era preciso, él nunca la abandona.

—¡Cómo! ¿no habeis tenido dominio bastante sobre él para llevarlo al hotel?

—Traté de hacer eso; pero no pude conseguirlo.

—¿Y habeis llevado vuestro amor filial hasta jugar vos misma para hacerle compañía?

—¡Oh! yo no jugaba por mi cuenta señora, creedme, he jugado por la suya. Todo el mundo lo sabe.

—Es decir, que Mr. Dorliac lo sabe porque se lo habeis dicho y porque ya conoce la pasion de vuestro padre. Pero todas las personas presentes en Monte-Carlo, han creido, querida niña (dejad que os llame así; mi edad comparada con la vuestra me autoriza para ello), todas las personas digo, que os vieron sentada á la mesa de la ruleta, han creido que arriesgabais vuestro dinero.

—Es verdad, dijo Luisa; pero vos que no habeis ido nunca á esos malos sitios, ignorais, sin duda, señora, añadió sonriéndose, que las mujeres son allí numerosas, casi mayoría.

—Como expectadoras, como curiosas, sí; pero como jugadoras... permitidme deciros que exajerais. Las mujeres de mundo se abstienen generalmente ó se contentan con exponer un luis. Vos, al contrario, segun ha dicho Dorliac, jugabais el máximun á todas las jugadas; excitabais la admiracion de todos, y cuando estuvisteis á punto de hacer saltar la banca, creo que os aplaudieron.

—Mi padre era el que aplaudia, porque jugaba con arreglo á sus instrucciones, segun he tenido el gusto de deciros.

—Es cierto; pero yo os he contestado que no sabía eso.

—Mr. Dorliac debía haberlo hecho saber.

—¡Oh! ¿por qué le reconvenís? No era cosa de buscar á cien, doscientas ó trescientas personas, una despues de otra, para decirles que aquella bella jugadora que admiraban, no era sino supuesta; que su padre se hallaba detrás de ella dándole las instrucciones necesarias. Además, muchos espectadores, no hablo solo de Mr. Dorliac, se apresuró á añadir madame X... para no comprometer más al amigo de su marido, se preguntan si en efecto es cierto que no jugabais por vuestra cuenta. Segun dicen, parece que uno os aconsejó que os detuvieseis, y que respondisteis: «No, no, necesito cien mil francos.»

—Seguramente, señora, oyeron mal, ó interpretaron mal mis palabras... Además, os confesaré, que no sabia muy bien lo que hacia; llegué á perder un poco la cabeza, el juego da fiebre, y pude, en efecto, cometer alguna imprudencia.

—Pues bien, hija mia, esto es todo cuanto queria haceros confesar, persuadida de que con un criterio como el vuestro, no volvereis á cometer imprudencias de este género. Dispensad mis palabras y perdonadme la afectuosa moral que me he permitido, por la intencion que me guia. Mi marido se sorprendió con lo que le dijeron de vos. Mr. Jorge Leroy, ocupa en casa una posicion importante, y conven-

dreis en que seria deplorable se llegara á sospechar que arriesgaba al juego sumas importantes; ya sabéis que el marido es el editor responsable de las acciones de su mujer, y si ella juega, es á él á quien se acusa de jugar. Mr. X... queria hacer algunas observaciones sobre este asunto á Mr. Leroy, pero le he rogado que no hiciese nada. Le he prometido que os veria, que hablaria con vos y que os exigiria no volviereis á comprometeros en público por vuestro padre. Esta pequeña aventura quedará entre las dos. Mi marido hará como que lo ignora, y en favor del motivo, lo repito, vos me perdonareis la indiscrecion que acabo de cometer.

Y al pronunciar estas palabras, tendia afectuosamente la mano á Mme. Leroy, quien á su vez le daba una mano helada, á la que la sangre la habia abandonado hacia un instante, para afluir toda ella al corazon.

La pobre jóven, comprendia que el asunto, aun cuando fuera presentado de una manera tan agradable, no por eso dejaba de ser importante. La alarma estaba dada, y si al siguiente dia Mr. Markett, sin dar aun una queja, decia una sola palabra, todo se descubriría al momento, y se esparceria el rumor de que Mme. Leroy habia jugado, no por cuenta de su padre, sino por cuenta de su marido, depositario infiel. La situacion se complicaba con los mismos esfuerzos que hacian para ocultarla.

Pero en aquel momento, Luisa Leroy debía ocultar sus ansiedades y sonreír á su visitadora. Lo consiguió así y habló con animacion, casi con alegría, de su corto viaje. Mme. X..., despues de haber desempeñado la comision oficial de la cual se habia encargado, no quiso que Mme. Leroy permaneciese bajo la influencia de su reconvencion, y volviendo á ser mujer de mundo, despues de haber sido mujer del agente de negocios, interrogó á Luisa sobre las diversas peripecias de su excursion á los dominios de Mr. Blanc, y reía con ella de sus aventuras,

Se llegó á hablar de Mr. de Céry, el compañero de Dorliac en Monte-Carlo, y este nombre, trayendo á la memoria de Mme. X... un recuerdo reciente, hizo que contara á Mme. Leroy cierta anécdota que debia herir profundamente la imaginacion de la jóven y presentarle nuevos horizontes.

XXIII

La historia que voy á referiros y que termina de una manera trájica, empezó Mme. X..., es un poco viva en su principio; así, debo deciros antes, que no la sé directamente por Mr. de Céry. Mi marido me la contó ayer por la noche, y yo os la cuento porque somos mujeres y ningun extraño puede escucharnos.

—Puedo escucharlo todo, señora, replicó Luisa, puesto que sois vos quien hablais.

No sospechaba entonces la importancia que este relato tenia para ella, y en la disposicion de ánimo en que se encontraba, seguramente hubiera deseado no escucharle. Pero habia jurado que su visitadora no habia de notar sus preocupaciones.

—Mr. de Céry, replicó Mme. X..., no ha sentido nunca, segun dicen, un amor verdadero; pero amores caprichosos, segun la expresion consagrada, le son familiares. La vista de toda mujer hermosa, produce un incendio en su corazon (incendio ligero que